

¹ Este texto, fechado en “Santiago, agosto de 1872”, fue originalmente publicado como “Introducción” al libro de Zorobabel Rodríguez, *Francisco Bilbao. Su vida y sus doctrinas*. Imprenta de “El Independiente”, Santiago, 1872, pp. III-XXIII, de donde lo hemos tomado. El libro de Rodríguez antes había sido publicado por entregas en *La Estrella de Chile* entre el 16 de junio y el 18 de agosto de 1872. El propio Rómulo Mandiola publicó después, también por entregas, en *El Estandarte Católico*, un conjunto de artículos que, prologados por Crescente Errázuriz, se publicaron como libro: *Francisco Bilbao y sus panegiristas* (Santiago, Imprenta de “El Estandarte Católico”, 1876, 2 vols.), y en él se lee: “Cuando en 1872 se trató de traer a Chile las cenizas de Francisco Bilbao y elevar un monumento a su memoria, el hábil e ilustrado periodista don Zorobabel Rodríguez publicó en *La Estrella de Chile* una serie de artículos que llamaron vivamente la atención de amigos y adversarios. Esos artículos aparecieron después en un volumen de que hoy quedan escasísimos ejemplares y que el público leyó con verdadera avidez. Séame permitido recordar aquí algunos apartes de la introducción que entonces puse a ese precioso librito, porque ellos reflejan por completo mi pensamiento y presentan como en cuadro sinóptico mi juicio acerca de Bilbao” (pp. 5-6).

² La iniciativa de reunir como libro los artículos de Zorobabel Rodríguez publicados en *La Estrella de Chile* pertenece al propio Rómulo Mandiola.

RÓMULO MANDIOLA

Francisco Bilbao, su vida y sus doctrinas, por Zorobabel Rodríguez. Introducción.¹

La duda se parece a esas moscas inoportunas que uno espanta y que siempre vuelven. Desparece al primer movimiento de la razón; mas la religión la mata y esto es mejor.

(DE MAISTRE)

Del libro que hoy damos a la publicidad y que ofrecemos a todas las opiniones y a todas las ideas, puede decirse lo que Victor Hugo decía de una de las obras de Henri Augu:

Ce livre interesse, émeut et enseigne.

Dado el retrato de los escritores católicos que ciertos hombres y ciertos partidos ponen diariamente a nuestra vista, uno creería encontrar en las páginas del *Francisco Bilbao* los puñetazos de un boxeador, no la sólida y nutrida argumentación de un avanzado polemista.

Felizmente no sucede así, y he aquí por qué nos hemos apresurado a hacer una edición de la presente obra.² Ella desvanecerá muchas preocupaciones, disipará muchas dudas, sepultará en

³ El libro de Z. Rodríguez se inicia así y así construye el problema que está destinado a resolver el libro: "O mucho nos engañamos o las circunstancias son propicias hasta rayar en tentadoras para estudiar la vida y las doctrinas de Francisco Bilbao. / Una sociedad de artesanos de esta capital ha acordado traer a Chile sus restos mortales y elevar un monumento a su memoria. Con este propósito pondera los servicios que prestó a la causa de la democracia, sus profundos conocimientos en la ciencia social, la elevación de sus miras políticas y desinteresadas y sublime consagración al servicio de los ignorantes y desvalidos. A estarnos a las circulares expedidas por esta sociedad, los artesanos chilenos deben concurrir con su óbolo a la obra proyectada, por un espíritu de justicia y sobre todo por un sentimiento de gratitud. / Contribuyendo a honrar la memoria de Bilbao, contribuirán desde luego a reparar el olvido en que nuestra sociedad ilustrada ha dejado a uno de sus más eminentes pensadores, y después a pagar una deuda de gratitud al generoso tribuno en cuyo pecho ni los desencantos, ni las persecuciones, ni los años pudieron apagar la llama de su amor a los desheredados de la fortuna. / Averiguar lo que haya de falso, de exagerado o de cierto en esos juicios es por lo tanto una cuestión de actualidad. Sólo resolviendo esta cuestión con pleno conocimiento de causa podremos concurrir a la obra que se proyecta sin temor de ser embaucados, o desentendernos

el polvo, de donde no debieron levantarse jamás, muchos funestísimos errores, muchas cándidas idolatrías, fecundadas al calor de un sentimiento de simpatía más generoso que justo.

Que nadie se engañe a este respecto. El autor de *Francisco Bilbao* es un hombre de letras y, como tal, discute, raciocina, argumenta, no fulmina. Quiere ser un hombre que convence, no una fuerza que aplasta. Necesario es confesar, en nuestra humilde opinión al menos, que ha logrado su intento.

Las líneas que ahora escribimos, a la vez que de dar una idea del libro, tratan de probar nuestro aserto.

Y desde luego, sean cuales fueren las opiniones del lector, habrá de confesar cuánta entereza y cuánta noble valentía no se necesita para emprender la tarea, ardua y escabrosa, de proclamar sin miedo la verdad y de combatir, sin miedo también, principios y teorías que se juzgan erróneos. Es esto no sólo afrontar la tempestad; es desafiarla. Es arrojar hidalga y caballerosamente el guante a todos los hombres de discusión y de convicciones que deseen saltar al palenque, de cuyas arenas ha de alzarse tranquila, serena y majestuosa la imagen de la verdad.

¿No es esto ya por sí solo un mérito?

En cuanto a nosotros, siempre nos ha parecido noble y digno el espectáculo del escritor que, renunciando a formar parte del coro de alabanzas y rompiendo por entre las nubes de incienso, cede a los impulsos de su conciencia y derriba los altares en que falsos ídolos han sido malamente colocados. Hay en ello franqueza y cumplimiento de un deber. Los soldados de la pluma, como los soldados de la espada, una vez empeñada la lucha, no tienen más que dos caminos para abandonarla: o una victoria honrosa y leal, o la confesión franca y sin tapujos de su vencimiento. Volver desdeñosamente la espalda a un adversario que se sabe de memoria el A B C de la estrategia, es afectar una insolente altanería que sólo se aviene bien con la impotencia.

Por lo demás, el libro que hoy publicamos encierra un interés de actualidad y un interés permanente. Lo primero, porque se trata de traer a Chile los restos de Francisco Bilbao, de elevarle un monumento, y nada más natural que averiguar los méritos por Bilbao contraídos y que le hacen acreedor a tan señalada manifestación de estima.³ Lo segundo, porque siempre es oportuno defender la verdad y dar a cada cual lo que se tiene merecido, lo que en justicia y en razón le pertenece.

Francisco Bilbao tuvo en vida y tiene en la actualidad partidarios decididos y admiradores sinceros. Entre la juventud, sobre todo, se le proclama gran tribuno, escritor sublime, reformador

de ella sin temor de cometer una injusticia: sólo así sabremos si tienen razón los que andan propalando que Bilbao fue un genio sublime calentado por un noble corazón, o los que andan propalando que fue un demagogo peligroso digno de la cárcel, del destierro y de la execración de la posteridad, o si ni la tiene ni unos ni otros” (pp. 1-3). En esa disyuntiva entre el genio y el demagogo, Rodríguez no quiere tomar una posición neutral, dice, sino tomar el método de la imparcialidad. El resultado de la imparcialidad, que es todo su libro sobre la vida y la doctrina de Francisco Bilbao, arroja esta decisión: “Francisco Bilbao puso una grande actividad, una voluntad perseverante y un ardor sin límites al servicio de la causa que él se imaginaba era la causa de la verdad, de la libertad y del bienestar del pueblo. Por esa causa trabajó, luchó y sufrió sinsabores y persecuciones. Tal es la faz simpática de su biografía [...]. En cuanto a las doctrinas que sostuvo, ellas fueron o extravagantes o falsas o perniciosas. En religión, hizo la guerra al cristianismo [...]. En política, fue revolucionario [...]. En economía política, desdeñó las soluciones de la libertad, para pedir a la fuerza las soluciones del comunismo. En esos tres órdenes de ideas erró, pues, el camino de la verdad y del bien. En ninguno de ellos acertó a escribir una sola página digna de ser leída por la posteridad. / Bilbao no es para Chile ni un benefactor ni una gloria. El pueblo no le debe ni buenas obras ni buenas lecciones. La

audaz, filósofo distinguido, poeta a las veces, a todo lo cual se une una inteligencia poco común y una vasta ilustración.

Ante la memoria del autor de *El Evangelio Americano*, sus partidarios se descubren con respeto como en presencia de un héroe tres veces venerado: por su genio, por sus triunfos, por su martirio. Un poeta, llorando la muerte del racionalista chileno, ha llegado a decir que

... la hoguera del genio lo abrasaba
Y era su inteligencia el fuerte escudo
Do iba a encontrar la democracia austera
Siempre el campeón de su derecho agosto.⁴

Y si fuésemos a citar todo lo que en elogio de Bilbao se ha dicho, llenaríamos un volumen.

No obstante, si en tales alabanzas hay mucho de generoso y mucho de laudable, no es menos cierto que hay también mucho de inmerecido. Nosotros mismos, en los primeros años de nuestra juventud, creíamos ver en Bilbao un semi-dios, algo como un redentor americano, un Washington del sur, según la expresión de Michelet. Pero ¡ay! estos arrebatos de entusiasmo desaparecen con los años y el estudio, como desaparece el oropel de las nacientes flores en alas de los vientos arrastrado.⁵

popularidad de que goza entre algunos es en cierto modo negativa, como fueron en cierto modo negativas sus doctrinas, algo como un ariete para abatir los muros, afortunadamente indestructibles, de la religión crítica, de la democracia honrada y de la libertad económica. [...] Nosotros concluiremos diciendo a los que quieran levantar un monumento a Francisco Bilbao: levantádo enhorabuena; pero en el cementerio. Cubrid sus odios, sus preocupaciones, sus errores con la lápida del olvido, y escribid sobre ella: ¡DIOS LO HAYA PERNADO PORQUE NO SUPO LO QUE HIZO!” (pp. 210-213).

⁴ Se trata del poema “A la muerte de Francisco Bilbao” de Luis Rodríguez Velasco, fechado el 28 de marzo de 1865, publicado en *La Revista Literaria* de Montevideo el 11 de junio de 1865, p. 100, y después reproducido por Manuel Bilbao en el Apéndice a su *Vida de Francisco Bilbao*, pp. CC-CCII. Cotejado con estas ediciones, el poema aparece aquí citado erróneamente: allí donde dice “la democracia austera” debe decir “la democracia hollada”.

⁵ Véase al respecto Pedro Pablo Figueroa, *Historia de Francisco Bilbao. Su vida y sus obras*. Segunda edición aumentada y corregida. Santiago de Chile, Imprenta de ‘El Correo’, 1898, p. 247.

Este fenómeno se explica. Bilbao es más generalmente conocido por lo que hay en él de superficial, de deslumbrante, de aparatoso, que por el fondo de sus obras y de sus doctrinas. Se ha hecho de su nombre una bandera y muy pocos se cuidan de investigar lo que esa bandera representa, lo que esa bandera significa. Nuevo César, los modernos francos, menos circunspectos y más ardorosos que los antiguos, le han levantado sobre sus escudos, hanle proclamado rey y hélos ahí dispuestos a no tolerar que algún audaz se atreva a profanar esa arca santa.

Esto, y la natural simpatía que despierta en los corazones bien puestos el hombre de convicción, y, más que todo, el hombre de propaganda que ha sufrido persecuciones, tristezas y amarguras, explican lo que sobra, la popularidad que ha gozado y que aún goza Bilbao entre nuestra juventud y particularmente entre la parte menos instruida de nuestra sociedad. Más que la aureola del genio, lo que a Bilbao hace simpático es su aureola de víctima. Y si no, preguntad a algunos de sus admiradores, cogido al acaso, cuáles eran las doctrinas de aquél. No tendrá otra respuesta que pobres generalidades. No sabrá deciros cómo Bilbao entendía la república, la libertad, la democracia, ni podrá daros los quilates de su liberalismo.

Decidle que Bilbao predicó muchas veces doctrinas que iban a parar en el despotismo y los oiréis gritar: ¡al blasfemo! con la misma cólera y fuerza de convicción con que gritarían: ¡al asesino!

Nada hay más cierto, sin embargo, y para convencerse de ello basta recorrer a la ligera sus obras. Bilbao repetía no sin frecuencia las brutales palabras de Quinet: *aplastemos al infame*. El infame es el catolicismo, el infame es Jesucristo.

Hay, pues, una ignorancia casi completa respecto a lo que Bilbao creía en materias religiosas, políticas y filosóficas. Todo lo más que se sabe es que era racionalista y a cualquiera se le alcanza lo vaga, lo indefinida, lo ocasionada a mil diversas interpretaciones que es esta palabra.

Bajo este punto de vista, el libro de Zorobabel Rodríguez interesa y enseña.

La fantasía puede dar a un pigmeo proporciones de coloso, ceñir corona de diamantes e iluminar con los resplandores del genio a quien más de su gusto sea; pero no puede impedir que venga después la crítica severa, imparcial y concienzuda a restablecer el imperio de la verdad.

En estos tiempos de discusión, de lucha, de progreso, no basta para ser gigante calzarse las botas de un gigante. Para escalar el cielo de la inmortalidad y de la fama se necesita algo más que los hombros de una muchedumbre cuyo entusiasmo sólo es comparable con su ignorancia. Se

necesita, por decirlo así, renovar la lucha de los antiguos Titanes, colocar obra sobre obra, triunfo sobre triunfo, laurel sobre laurel, Pélion sobre Osa. Es así como se merecen monumentos que valen más que el bronce porque tienen su pedestal en el corazón de la posteridad.

Mas lleguemos ya al análisis, siquiera sea a vuelo de pájaro, del *Francisco Bilbao*.

* * *

Zorobabel Rodríguez, como escritor metódico, delinea con precisión el plan de la obra, la cual está dividida en dos partes. Es la primera la biografía, hecha a grandes rasgos, de Bilbao. Consta la segunda de la exposición de las doctrinas de éste y de la refutación de dichas doctrinas.

Los propósitos del autor o, si se quiere, la tarea que el autor va a emprender, queda explicada en las siguientes textuales palabras:

“Apreciar equitativamente los actos de Francisco Bilbao a la luz de los principios inmutables del derecho y la moral;

Exponer con exactitud y perfecta lealtad sus doctrinas;

Aceptarlas o refutarlas dando siempre la razón de nuestra aceptación o de nuestro rechazo;

Condenar con energía los errores así comprobados, respetando cuidadosamente los móviles y las intenciones.

Tales son nuestros propósitos al principiar. Los lectores van a ver si tenemos la fortuna de realizarlos”.

A fin de no desmentir en un punto la imparcialidad que se propone seguir, el autor ha adoptado un método a todas luces plausible y que acredita su espíritu justiciero, libre de toda prevención en contra de Bilbao. Colocando fuera del terreno de combate las conciencias y las intenciones del hombre, Zorobabel Rodríguez refiere con entera imparcialidad la vida de Bilbao; no le atribuye opinión alguna sin citar al pie aquella de sus obras en que esa opinión se encuentra consignada ni, por fin, acusa de falsas, erróneas o perniciosas sus doctrinas sin expresar en seguida los fundamentos, las razones que tiene para ello.

Como se ve, el autor quiere la discusión, pero discusión libre, tranquila, serena, extraña a todo odio, como no sea el odio al error, y ajena a toda pasión, como no sea la pasión por la verdad.

Y para que nadie se equivoque acerca de lo que entiende por imparcialidad, el autor se adelanta a manifestárnoslo con entera franqueza:

“Para nosotros, dice, la imparcialidad es un compuesto de tolerancia y de justicia; de respeto a las personas que obran impulsadas por nobles móviles y de adhesión profunda a la verdad”.

Lo primero que llama la atención en el examen de las obras de Bilbao, es el carácter de los estudios de éste. Allí pasan a la vista del lector los más difíciles, los más trascendentales problemas filosóficos, teológicos, históricos, sociales, científicos y literarios. La solución que ordinariamente daba a estos problemas no era la más acertada ni la más conforme a razón, como quiera que siempre tuvo por luz única su apego al racionalismo y su odio a las doctrinas católicas.

El autor investiga cuáles fueron las causas que hicieron que Bilbao pasara a formar en las filas del racionalismo, de católico que era, y las encuentra, primero en la Biblia, después en Lamennais, y, por último, en la lectura de malos libros. Explica en seguida cómo estas tres causas ejercieron tan decisiva influencia en Bilbao y hace notar la esterilidad de sentimientos de que da pruebas éste al abandonar sus antiguas creencias, las creencias de sus padres, sin lanzar ni una queja, ni un gemido, ni un sollozo, antes bien mirando con odio a su pasado.

“Esa aridez de sentimientos rebaja a Bilbao como ser moral e inteligente”. No es así como los grandes hombres se abandonan al vertiginoso mar de la incredulidad, ni ostentan esa fría impasibilidad cuando oyen, como dice Teodoro Jouffroy, silbar los vientos de la duda que en todas direcciones azotan los muros queridos de la fe.

Bilbao, no obstante, pasó tranquilo y aun desdeñoso por su pasado, del campo de la fe al de la incredulidad. Su hermano mismo afirma con cierto cinismo que, una vez racionalista, Bilbao miró con *horror* la religión de su infancia, la religión que había hecho nacer en su pecho el celo santo de un padre y el santo y cariñoso amor de una madre.⁶

Zorobabel Rodríguez, después de reflexionar extensamente sobre este aspecto de la vida de Bilbao, traza con método e imparcialidad su biografía. Le observa durante su residencia en Chile; le sigue a Europa; visita con él a Lamennais, Michelet, Quinet; hace a grandes pero pintorescos rasgos la historia de la Francia en aquel entonces y vuelve por fin a Chile, siempre en compañía del proscrito chileno.

⁶ Véase el debate sobre esta cuestión en la correspondencia entre Juan María Gutiérrez y Augusto Orrego Luco, reproducida en este mismo número de *La Cañada*.

En el capítulo VII se le presenta la ocasión de pintar el movimiento político de nuestra patria, en febrero de 1850, y la aprovecha. Es ese un capítulo interesantísimo, un capítulo de historia. A propósito de las maquinaciones de los partidos políticos de entonces y explicando el retraimiento de Bilbao en la lucha, Zorobabel Rodríguez confiesa noble y francamente la sinceridad de las convicciones de aquél, confesión que, por otra parte, sale de los puntos de su pluma cada vez que y cuando hay ocasión de hacerlo.

Hace también la historia de la *Sociedad de la Igualdad*, y explica de un modo admirable en qué consistía el secreto de Bilbao para impresionar al pueblo, para arrebatarlo, para lanzarlo en la fiebre, en el delirio del entusiasmo.

Acompaña a Bilbao en su segundo viaje a Europa, lo acompaña en su peregrinación por las repúblicas sudamericanas y, en su deseo de no perder ningún dato interesante de la vida de su héroe, le sigue y se sienta a la cabeza de su lecho de muerte.

Zorobabel Rodríguez rechaza con indignación ciertos propósitos, ideas y sentimientos que Manuel Bilbao atribuye torpemente a su hermano moribundo. A ser cierto el encargo de éste para que apartaran a balazos a los católicos que se acercaran a su lecho, Francisco llegaría a desmerecer en concepto de las gentes honradas. Un tal propósito "es completamente ajeno a un ser racional que espera por momentos lanzarse al insondable mar de la eternidad".

Por lo demás, Zorobabel Rodríguez reconoce cuán defectuosa, cuán errónea y cuán poco noble es en ciertas partes la biografía de Bilbao que nos ha dejado su hermano Manuel, cuyo odio verdaderamente furioso contra los católicos y, sobre todo, contra los católicos chilenos, corre parejas con su odio a la lengua castellana y con su ignorancia. Ayer nomás, falsificando la historia, nos decía que los católicos habían arrojado al Sena las cenizas de Rousseau y agregaba que temía que las de su hermano Francisco fuesen arrojadas al Mapocho!...⁷

Según Rodríguez, Manuel Bilbao escribió la biografía de su hermano bajo la influencia de dos sentimientos igualmente excesivos: una adhesión ilimitada al muerto y a cuanto el muerto amó, y un odio implacable a todo aquello y a todos aquellos que fueron para éste obstáculos perseguidores o aun meros adversarios. Y luego, condensando las manifestaciones de su odio, que se complace en hacer Manuel, nuestro amigo agrega este rasgo elocuentísimo:

⁷ Véase al respecto la carta de Fermín Vivaceta y el artículo de Eneas Rioseco Vidaurre, reproducidos en este mismo número de *La Cañada*.

“¿Qué disculpa tiene la manifestación extemporánea, grosera y hasta brutal de tan in-noble sentimiento? Las Euménides tenían su lugar en el cielo de los antiguos paganos; pero las Euménides eran hermosas y respetaban la gramática aun en medio de sus arrebatos de cólera. No así Manuel Bilbao: quiere indignarse y rabia; va a escribir castellano y sólo acierta a chapurrar la más detestable jerigonza”.

Y cita después nuestro autor varios párrafos de la biografía para confirmar su aserto.

Aunque en la primera parte de su libro se contrae especialmente a referir los actos más cul-minantes de la azarosa vida de Bilbao, el autor refuta de paso algunos errores. Cuando el tiempo y el espacio le faltan, se limita a señalar las obras en que el lector puede encontrar más extensamen-te desenvueltas las doctrinas que defiende.

Pero, por interesante que sea la primera parte del *Francisco Bilbao*, debemos ya terminar aquí. La segunda parte nos espera y ahí está la verdadera lucha, allí flamea la bandera del combate y allí los adversarios se estrechan, se oprimen y pelean cuerpo a cuerpo.

Nada de sofismas. La verdad, para triunfar, no los necesita ni los reclama. Nuestro amigo expone los principios del adversario, cita sus palabras textuales, la obra y la página de la obra en que dichas palabras están y enseguida refuta. Los argumentos pasan a nuestra vista ordenados, graduados según su fuerza, a la manera de una falanje. Hay allí dialéctica poderosa, lógica acerada y vastos conocimientos de las materias que se discuten.

Es posible abrigar ideas distintas de las que el autor del *Francisco Bilbao* profesa. No es posi-ble negarle ni su ilustración ni su carácter de polemista caballeroso y serio.

Hablemos un poco de esta segunda parte.

* * *

Según Bacon, poca filosofía aleja de la religión y mucha filosofía conduce a ella. Según Frouton, vale más ser completamente ignorante que sabio a medias. Frouton y Bacon lo afirman; el libro de nuestro ilustrado amigo lo prueba.

Coged cualquiera obra de esas que diariamente arrojan al público las prensas de la incre-dulidad. Leedla con alguna atención y decidnos si al través de un gran aparato de erudición no

descubris una vaciedad casi completa en el fondo. Pero el error vestido de galas es siempre el error. Basta un ligero examen para descubrirlo.

Nada hay de más poco sólido que la pretendida ciencia de algunos incrédulos: lo decimos sin desconocer la alta inteligencia de muchos de ellos, cuyos talentos admiramos y compadecemos con toda la sinceridad de nuestra alma. Ello depende principalmente de las obras que se toman por guía. Para muchos Voltaire es el maestro único. Se va a estudiar en él la historia, la filosofía, la ciencia social y hasta las ciencias naturales. Se abriga la más absoluta ignorancia respecto a los apologistas y demás escritores católicos, y si por algo se les conoce es por las citas incompletas usadas de sus obras que se encuentran aquí y allá esparcidas en las obras de los racionalistas.

Aunque esto parezca a muchos una blasfemia, es lo cierto que Bilbao no tenía ni las más elementales nociones en muchas de las materias que trató. De él nos han quedado varios trabajos filosóficos. Basta leerlos para comprender que, al escribirlos, ni Bilbao mismo se entendió.

Es esto lo que prueba también palmariamente Zorobabel Rodríguez.

Aun más: demuestra que Bilbao no supo definir de una manera precisa ni a su Dios ni a su alma. A las veces proclama un Dios personal y un poco más tarde llega a admitir la sustancia única de los panteístas. Es una especie de Cousin que rechaza “el Dios muerto de la escolástica”, que declara que el panteísmo es un verdadero ateísmo, que a renglón seguido dice que “si Dios no es todo, es nada”, y que por fin concluye por no saber él mismo cuál es su verdadera fe. Bilbao creía en la inmortalidad del alma y más de una vez, interpretando ciertas palabras de Platón, pareció juzgar evidente la existencia de la metempsicosis.

En una palabra, como creemos haberlo dicho ya, lo único de que Bilbao tenía plena conciencia era su racionalismo.

Y ¿qué es en buenos términos el racionalismo?

“Tengo, dice el príncipe de Metternich, una aversión que me parece muy fundada a los *ismos*, cuando los veo aplicados a cualquier sustantivo que expresa una cualidad o un derecho; porque se me figura que desnaturalizan el mismo objeto que se quiere con ellos significar”.

Y el célebre Donoso Cortés afirmaba que, en el seno de la luz del catolicismo, todo otro *ismo* es como una señal para dar el alerta a la razón y la fe.

En efecto, ¿qué cosa más natural que someterlo todo a la razón, esa noble prerrogativa del hombre? ¿Por qué entonces condenar al racionalismo?

La manera como resuelve Zorobabel Rodríguez esta cuestión es magnífica. En las páginas 118 y siguientes, y en las 134 y siguientes, compara el criterio católico con el criterio racionalista, y demuestra hasta la evidencia la superioridad de aquél. Nada de palabras pomposas ni de frases oscuras. Quiere hacerse comprender y usa de un estilo sencillo y preciso. Los ambages y tapujos le son innecesarios: le basta, para vencer, la fuerza de la lógica, esa gran demoleadora que sobre las ruinas del error levanta templos y altares a la verdad.

Refuta después con la filosofía y con la historia la pretendida incompatibilidad entre el catolicismo y la república, incompatibilidad que era el gran argumento de Bilbao y que es también el caballo de batalla de la superficialidad y la ignorancia. La historia y la filosofía, la teoría y la práctica demuestran que, lejos de ser la iglesia enemiga de la libertad de los pueblos, en todo tiempo y por doquiera ha cobijado esa libertad bajo sus bienhechoras alas.

O catolicismo o república! dicen los revolucionarios. Ese dilema o es un imbécil o un malvado, contesta nuestro amigo y se detiene a probarlo hasta dejarlo de sobra.

Pero Bilbao no sólo ignoraba la religión, la filosofía y la historia, que también son harto peregrinas sus teorías políticas y económicas. A combatir estas últimas dedica Zorobabel Rodríguez los capítulos XIII y XIV de su obra. Léalos todos hombre imparcial, lea aun los capítulos anteriores, y, si su imparcialidad no es una vana palabra, habrá de confesar que nuestro amigo tiene razón cuando afirma que Bilbao ignoraba por lo general las distintas materias que en sus obras trató.

Como el vulgo de los incrédulos, Bilbao acusa a la iglesia de retrógrada y de despótica. A sus labios vienen frecuentemente las dragonadas y Bossuet, la San Bartolomé y los hugonotes, la Biblia y Galileo.

Para demostrar cuán mojados estaban los papeles de Bilbao en asuntos de historia, le habría bastado a Zorobabel Rodríguez el recuerdo de Galileo si, a mayor abundamiento, no hubiera querido traer otras citas en su apoyo.

Bilbao afirma dogmáticamente que Galileo convenció a la Biblia de mentira. Y Bilbao y los discípulos de Bilbao creen como en una verdad inconcusa en las persecuciones que la Iglesia ordenó contra Galileo.

No obstante, todo ello no pasa de ser un embuste de la más baja especie.

Ni convenció a la Biblia de mentira ni sufrió las persecuciones que tanto se cacarean y propalan por gentes de poco juicio.

Como lo afirma nuestro amigo, nadie ha probado hasta ahora que un concilio ecuménico o el Papa, hablando ex-cátedra, haya condenado a Galileo.

Por lo que a las persecuciones que sufrió Galileo toca, hemos dicho que todas ellas son un embuste de baja ley y hemos dicho bien.

Bernini afirma, en la *Historia de las herejías*, que Galileo estuvo cinco años en prisión; Brewster dice que pasó preso durante un año; Montucla da a entender que algunos afirman que le sacaron los ojos; pero todas estas paparruchas, todas estas calumnias han sido felizmente desmentidas gracias a los trabajos de Venturi y una carta escrita por el mismo Galileo, que se registra en la *Historia Universal* de César Cantú, tomo 5º, capítulo XXXVI.

Mas, ¿a qué detenernos tanto en semejantes pampiroladadas, mil veces reducidas al polvo por escritores tan hábiles como ilustrados?

A quien quiera más detalles, más luz, más razonamientos sobre las diversas cuestiones que hemos mencionado aquí, le recomendamos que lea el preciso libro que lanzamos a los vientos de la publicidad.⁸

* * *

Tal es el *Francisco Bilbao* en cuanto a su fondo. Obra de polémica y de discusión tranquila y elevada, será leída con gusto y sin odios.

El estilo es correcto, animado y nervioso. Hay allí muchos rasgos de pluma felices, pinceladas brillantes, períodos rotundos, abundantes y bien cortados, al lado de una sátira aguda y punzante que más se asemeja al cáustico que a la cataplasma.

Fuera de todo esto, hay en el libro de Zorobabel Rodríguez un mérito más alto y más imperecedero: el de defender una noble causa y el de defenderla victoriosamente.

La incredulidad se pasea en nuestras calles, penetra en nuestros salones, invade los hogares. Y esa plaga más terrible que todas las plagas, la indiferencia, parece ir adquiriendo un poderoso

⁸ Véase sobre este asunto: *Francisco Bilbao y sus pegiristas*, por Rómulo Mandiola. Santiago, Imprenta de 'El Estandarte Católico', 1876, Tomo II, capítulo II, pp. 3-101.

dominio en nuestra juventud. De aquí esa molicie matadora, esa estagnación venenosa que por todas partes se nota. De aquí también esos corazones misántropos, esas almas débiles, hastiadas del mundo, sin paz y sin tranquilidad, que buscando en vano aquello que sólo una incontrastable fe les puede dar la dicha, concluyen por arrojarse en brazos de la licencia y del desenfreno prorrumpiendo en la tremenda brutalidad de Byron: la virtud es fastidiosa.

Por eso, combatir la incredulidad es una noble acción. Vencer a la incredulidad es una noble victoria.

Nuestro ilustrado amigo la ha vencido y su libro es el boletín de su triunfo.

Ni aplausos ni flores para su triunfo, ni elogios ni encomios para quien ha sabido luchar. Nuestro querido amigo es vencedor y, como ha dicho un hombre de genio, nada sienta tan bien a la frente del vencedor como una corona de modestia.

Santiago, agosto de 1872.